

A manera de introducción. Historia, lenguaje y política

Javier Fernández Sebastián

Universidad del País Vasco

Juan Francisco Fuentes

Universidad Complutense de Madrid

Resumen: En estas páginas introductorias, además de presentar los artículos contenidos en el dossier, sus autores proponen al lector algunas reflexiones generales acerca de ciertos problemas referentes a la encrucijada entre historia, lenguaje y política. Después de presentar someramente los enfoques dominantes en la actualidad en el área de la historia conceptual e intelectual (*Cambridge school* y *Begriffsgeschichte*, fundamentalmente), los coordinadores de este número concluyen con una serie de consideraciones acerca de la historia de los conceptos en el momento actual de la historiografía y de las ciencias sociales.

Palabras clave: lenguaje; historia; política; giro lingüístico; historia de los conceptos; metodología histórica; semántica histórica.

Abstract: On these introductory pages, in addition to presenting the articles contained in the dossier, the editors propose some general reflections about certain problems relating to the crossroads between history, language and politics. After presenting rapidly the main approaches in the field of the conceptual and intellectual history (*Cambridge school* and *Begriffsgeschichte*, essentially), the coordinators of this issue conclude with a series of considerations about the history of concepts in the current moment of historiography and of social sciences.

Key words: language; history; politics; linguistic turn; history of the concepts; historical methodology; historical semantics.

Del crecido caudal de literatura histórico-metodológica producida durante las últimas décadas, en especial de la que fluye al calor de la famosa *crisis de la historia* que tanto ruido hizo en las postrimerías de la centuria, conviene retener algunas reflexiones de interés. Probablemente una de las más valiosas aportaciones surgidas de ese debate es la conciencia generalizada del estrecho vínculo entre historia y lenguaje. Una confrontación de la experiencia cotidiana de cada cual con la lectura de algunos pasajes particularmente lúcidos de esa literatura parece llevarnos a una conclusión difícilmente cuestionable: la «lingüística» y la «historicidad» son dos dimensiones inherentes a eso que llamamos de manera abreviada «el mundo», «la experiencia» o «la realidad social». Tal *realidad*, que a la vez delimita y es conformada por la acción humana, sería ineludiblemente lingüística e histórica, e incluso estaríamos tentados de afirmar que ambos rasgos están íntimamente relacionados y se implican mutuamente (pues el lenguaje, nuestra tradición esencial, también está hecho de tiempo, y el pasado persiste en el lenguaje). Otro tanto pudiera decirse de la conexión entre política y lenguaje, si bien la constatación de esta afinidad resulta mucho menos novedosa, pues, como es sabido, el tópico aparece ya claramente formulado en la obra de Aristóteles. En conjunto, podríamos, pues, afirmar, retocando la fórmula aristotélica, que el hombre es un animal *histórico y lingüístico*, además de *político*.

Bien mirado, sin embargo, tampoco en el primer caso —o sea, con respecto a la relación entre historia y lenguaje— la originalidad de los nuevos planteamientos resulta tan marcada como suele decirse. A lo largo del novecientos, la reflexión combinada de un filósofo del lenguaje como Wittgenstein, un teórico de la ciencia como Kuhn y un maestro de la hermenéutica como Gadamer (sin olvidar a Weber) permitía ya hace tiempo plantear la cuestión del estatuto histórico-lingüístico de las ciencias sociales en términos similares a los que se han abierto camino últimamente. A decir verdad, el estudio de la historia nunca ha sido ajeno a los problemas relacionados con el lenguaje. No en vano, como subrayaba recientemente Hayden White comentando la obra de Koselleck, la historia crítica y la crítica histórica nacieron de la conciencia de una discontinuidad, de una brecha difícil de salvar entre los sucesos históricos y el lenguaje usado para representarlos (ya sea por los actores contemporáneos que los vivieron, ya por los historiadores que tratan de reconstruirlos e inter-

pretarlos a cierta distancia temporal). En el fondo es esa misma conciencia de la distancia inevitable entre los «hechos» y el lenguaje la fuente común de donde surgen tanto la historia de los conceptos, como el reconocimiento de que todo relato histórico es una construcción discursiva de esa realidad pasada, más que una simple traslación de los hechos en sí¹. En cuanto se reflexiona un momento sobre ello, uno cae en la cuenta de que no puede pasarse por alto la disparidad de los conceptos usados por unos y por otros, puesto que obviamente las nociones a través de las cuales estructuramos el mundo no son las mismas que las de nuestros antepasados, y, por otra parte, nuestras representaciones retrospectivas de esos mundos pretéritos estarán decisivamente influidas por nuestros propios filtros categoriales (sin ir más lejos, por el concepto de historia que manejemos). Es así como en los últimos años muchos de nuestros colegas, después de haber insistido durante largo tiempo en la historicidad de todo tipo de fenómenos sociales, ponen el acento más bien en el carácter inevitablemente histórico del conocimiento y del lenguaje que hace posible ese conocimiento (incluido el conocimiento histórico, que naturalmente también está sujeto a evolución).

Sea como fuere, estamos convencidos de que algunas de las líneas más prometedoras para el estudio de la historia en este comienzo de siglo derivan de esa doble conciencia, muy agudizada en las últimas décadas de la centuria anterior, de la lingüisticidad del mundo y de la historicidad y contingencia del lenguaje. De esta doble conciencia ha emergido una nueva sensibilidad hacia el carácter histórico de la propia historia. No nos referimos sólo a la historia de la historiografía, sino, más radicalmente, a la reconsideración crítica de la noción de historia subyacente (pues, como nos ha mostrado Koselleck, la historia puede ser muy legítimamente objeto ella misma de una historia). Diríase que en el proceso de historización progresiva del mundo, en esa extensión paulatina de la historia a nuevos objetos y nuevas parcelas que se ha ido desplegando con la modernidad, hemos llegado al más alto grado de reflexividad del saber histórico, que se atreve a someter a escrutinio no sólo las estructuras narrativas y discursivas subyacentes a la «imaginación histórica» (Hayden White), sino las maneras de pensar el pasado y de concebir la temporalidad

¹ WHITE, H.: prefacio a KOSELLECK, R.: *The Practice of Conceptual History. Timing History, Spacing Concepts*, Stanford (California), Stanford University Press, 2002, p. xiii.

que los hombres han desplegado a lo largo de los siglos (y que tal vez estén sufriendo en los últimos tiempos una nueva y profunda mutación) y las condiciones de producción de la «verdad» en la moderna historiografía².

Por lo demás, como hemos sugerido un poco más arriba, cuando hablamos de los problemas del lenguaje en relación con la historia se suscitan inmediatamente dos cuestiones bastante distintas: una cosa es el lenguaje y los conceptos de los propios actores del pasado, de los sujetos involucrados en la acción, y otra bien diferente es el lenguaje y el aparato analítico-conceptual usado por los historiadores para intentar reconstruir, interpretar, explicar o comprender retrospectivamente tales hechos.

Esta duplicidad de perspectivas —de la que se ocupó hace un siglo magistralmente Max Weber— autoriza una doble aproximación y una doble tarea historiográfica: por un lado, se trataría de reconstruir el significado de los conceptos en el lenguaje de las fuentes, lo que idealmente nos permitiría «identificarnos» con el punto de vista de los coetáneos de los hechos analizados; una segunda aproximación se esforzaría en someter el pasado a nuestro propio vocabulario y utillaje analítico, utilizando nuestra terminología moderna para comprender ese pasado de una manera más próxima a nuestras preocupaciones e intereses. La frontera entre esas dos maneras de estudiar la historia es, sin embargo, sumamente porosa, lo que hace extraordinariamente difícil mantener separados ambos planos.

En efecto, para complicar un poco más las cosas, resulta que, en el terreno político y social que nos ocupa, la mayoría de los conceptos usados actualmente en historiografía y en ciencias sociales tienen tras de sí una larga gestación histórica, y sus significados, casi siempre polémicos, están amalgamados con «estratos» o etapas semánticas anteriores de esos mismos conceptos, conceptos que en otro tiempo dieron sentido a la acción de los individuos y de los grupos humanos que ahora pretendemos analizar. Para hacer frente a esta dificultad epistemológica parece razonable exigirnos a los historiadores un esfuerzo por «limpiar» hasta donde sea posible nuestras herramientas intelectuales de adherencias y anacronismos que tienden a confundir ambas perspectivas. Pues de otra manera corremos el

² HARTOG, F.: *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003; ZERMEÑO PADILLA, G.: *La cultura moderna de la historia. Una aproximación teórica e historiográfica*, México, El Colegio de México, 2002.

riesgo de atribuir a los actores del pasado propósitos, intenciones o visiones del mundo que estaban muy lejos de albergar, viciando así desde la base toda nuestra construcción histórico-discursiva.

Evidentemente, con estas palabras de introducción no pretendemos entrar a fondo en un tema complejo —en la encrucijada entre historia, lenguaje y política— que constituye precisamente el objeto de varios de los artículos recogidos en el dossier. Nuestra aspiración es más modesta, y se limita a recordar una vez más que el pasado es demasiado complicado y problemático para conformarnos con una única descripción —o con una única perspectiva— pretendidamente exacta, correcta y definitiva. La inclusión del factor semántico-temporal nos vacuna además contra la tentación de la simplicidad, desde el momento en que empezamos a ser conscientes de que las lentes con las que vemos el mundo —esas «lentes conceptuales» de las que no podemos desprendernos so pena de perder toda visión— han estado siempre (y siguen estando) sujetas a cambios más o menos bruscos o paulatinos de graduación, de coloración o de focalización.

Ahora bien, si es cierto que ambas vías historiográficas —la histórico-conceptual y la histórico-analítica— son igualmente legítimas cuando se transitan prudentemente, la cosa se complica cuando creyendo hacer lo primero estamos haciendo lo segundo, es decir, cuando creemos estar comprendiendo una realidad ajena —por poner un ejemplo clásico, la política de la Europa moderna— según sus propios parámetros, y en realidad estamos proyectando *ex post* sobre esa alteridad el aparato conceptual del presente (en el caso citado, el de la política contemporánea). Se trata de una forma de anacronismo en la que es muy fácil caer en materias como la historia y las ciencias sociales, donde la mayoría de los conceptos analíticos que manejamos (Estado, sociedad, individuo, liberalismo, democracia, clase, crisis, constitución, legitimidad, capitalismo, etc.) han tenido una gestación histórica y, por tanto, han poseído históricamente significados diferentes que ahora están semi-enterrados —por seguir la sugestiva metáfora de Koselleck—, sedimentados en estratos semántico-temporales más o menos profundos pero que siguen pesando sobre nuestra comprensión del mundo social e histórico. Además, puesto que estas categorizaciones están lejos de ser explícitas, a menudo pasan inadvertidas y creemos hallarnos ante evidencias empíricas no mediadas por filtro perceptivo alguno. O, dicho de otra manera, frecuentemente nos es difícil aceptar que lo que tomamos por simple descripción

neutra de una situación dada responde implícitamente a determinados esquemas de comprensión, entre otros muchos posibles. Contra ese riesgo ya nos advirtió Tomás y Valiente al recordarnos que, puesto que «los conceptos y las instituciones no nacen en un vacío puro e intemporal, sino en lugar y fecha conocidos y a consecuencia de procesos históricos de los que arrastran una carga quizá invisible, pero condicionante»³, es necesario tener en cuenta esos procesos para aprehender cabalmente tales conceptos e instituciones. Una precaución imprescindible que no se aparta mucho de lo que Pierre Rosanvallon ha llamado *histoire conceptuelle du politique* cuando nos señala, por ejemplo, que la democracia no simplemente *tiene* una historia, sino que *es* una historia, pues su configuración actual consiste en una acumulación de experiencias, tanteos y controversias que hay que conocer para sondear realmente la profundidad de los desafíos de la política contemporánea⁴.

Por su parte, los seguidores de la escuela de Cambridge, sobre todo quienes transitan la vía *contextualista-intencionalista* de Skinner, prefieren acercarse al pensamiento del pasado precisamente *en su condición de pasado*, esto es, desde una perspectiva esencialmente histórica que pone el acento más bien en la diferencia irreductible

³ Cit. CLAVERO, B.: *Happy Constitution. Cultura y lengua constitucionales*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 189-190 y 236. En su prólogo a la versión española de la *Historia de la filosofía* de Émile BRÉHIER, Ortega había ya subrayado la historicidad ineludible de todo pensamiento político desde una perspectiva que coincide en más de un punto con el contextualismo skinneriano. Tras criticar ácidamente la óptica abstracta y desencarnada desde la que suele enfocarse la historia de la filosofía, afirma Ortega de manera provocadora que «no hay propiamente “historia de las ideas”». «Todo texto se nos presenta (...) como fragmento de un contexto. Pero texto y contexto, a su vez, suponen y hacen referencia a una situación en vista de la cual todo aquel decir surgió (...). La situación real desde la que se habla o escribe es el contexto general de toda expresión. El lenguaje actúa siempre referido a ella, la implica y la reclama». Así pues, continúa el filósofo madrileño, «una idea es siempre reacción de un hombre a una determinada situación de su vida» y, puesto que «pensar es dialogar con la circunstancia», «para entender el pensamiento de otro tenemos que hacernos presente su circunstancia (...). *La idea es una acción* que el hombre realiza en vista de una determinada circunstancia y con una precisa finalidad (...). No hay, pues, “ideas eternas”. Toda idea está adscrita irremediamente a la situación o circunstancia frente a la cual representa su activo papel y ejerce su función» (este texto está fechado en Buenos Aires en 1942; ORTEGA Y GASSET, J.: *Obras Completas*, vol. VI, Madrid, Alianza Editorial-Revista de Occidente, 1983, pp. 377-418, especialmente pp. 388-392; las cursivas son del autor).

⁴ ROSANVALLON, P.: *Pour une histoire conceptuelle du politique*, París, Seuil, 2003.

de tales argumentos, convenciones y discursos respecto de los nuestros, en lugar de recrearse en las semejanzas o continuidades con los conceptos y debates actuales⁵.

* * *

Todos estos enfoques historiográficos entrañan, sin embargo, importantes problemas teóricos —entre otros, la aporía hermenéutica derivada de la necesidad de tener en cuenta la historicidad del propio intérprete (pues el punto de vista supuestamente neutro del «historiador omnisciente» a estas alturas resulta ya inaceptable) y, a la vez, de evitar el presentismo; la problemática relación del observador actual con el saber histórico; las modalidades aceptables e inaceptables de extrapolación conceptual; la cuestión crucial de los mecanismos y modalidades de cambio conceptual, etc.—, y, puesto que la historia de los conceptos se dice y se practica de muchas maneras, las diferencias metodológicas a este respecto entre las aproximaciones de un Koselleck, un Rosanvallon o un Skinner, por ejemplo, son considerables. Algo de ello saldrá a relucir en los artículos que componen nuestro dossier.

Un dossier que viene a ahondar un poco más en una línea historiográfica que tuvo ya su primera carta de presentación en un número de la revista correspondiente al año pasado⁶. Se trataba entonces

⁵ SKINNER, Q.: «Meaning and Understanding in the History of Ideas», *History and Theory*, VIII/1 (1969), p. 50 (la última versión de este artículo clásico, revisada por el autor, puede consultarse ahora en la recopilación de artículos *Visions of Politics*, vol. 1, *Regarding Method*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 57-89). Aunque suele darse por sentado que los historiadores deberían atender a las preocupaciones que agitan el mundo en el que viven a la hora de fijar sus prioridades y la agenda de temas a estudiar, dista mucho de ser evidente que la pertinencia teórico-práctica de la investigación histórica, y más en concreto su aportación al debate cívico, haya de medirse según criterios de estricta actualidad. Como sugería hace algún tiempo Quentin Skinner a propósito del concepto de libertad en Maquiavelo, la retroproyección de nuestras preocupaciones presentes en el estudio de la historia de las ideas no es necesariamente la mejor manera de «aprender del pasado», ya que «pueden ser precisamente los aspectos del pasado que a primera vista parecen carecer de relevancia contemporáneamente los que, examinados más de cerca, resulten poseer una significación filosófica más inmediata» [SKINNER, Q.: «La idea de libertad negativa: perspectivas filosóficas e históricas», en RORTY, R.; SCHNEEWIND, J. B., y SKINNER, Q. (comps.): *La filosofía en la historia*, Barcelona, Paidós, 1990, p. 237].

⁶ FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J.: «Historia de los conceptos. Nuevas perspectivas para el estudio de los lenguajes políticos europeos», *Ayer*, 48 (2002), pp. 331-364.

de ofrecer una apretada panorámica de las principales corrientes que a finales del siglo xx llegaron a confluír en un foro de debate común acerca de la historia de los conceptos políticos y sociales. Precisamente, la génesis de este dossier está muy ligada a esta red de historiadores y politólogos conocida por sus siglas HPSCG (History of Political and Social Concepts Group), red a la que todos los autores que contribuyen en este número de *Ayer* están de un modo u otro vinculados. Aunque naturalmente no aspiramos a ofrecer un panorama completo de los múltiples interrogantes e implicaciones de esta perspectiva historiográfica (lo que, por fortuna, nos obligará a seguir explorando nuevas vías de esclarecimiento), creemos que los artículos que lo componen abren un abanico suficientemente amplio de cuestiones para que el lector se haga una idea de algunos de los asuntos capitales sometidos a debate.

Todos los artículos, cuyos temas están inextricablemente entrelazados, fueron en su origen comunicaciones presentadas en tres coloquios sucesivos, celebrados a lo largo del año pasado en Nápoles, en Vitoria-Bilbao y en Florencia. Los cuatro primeros trabajos son otros tantos *papers* presentados en el congreso sobre historia de los conceptos que se desarrolló el verano pasado en las dos ciudades vascas mencionadas⁷. Los textos de Lucian Hölscher y Lucien Jaume ya habían sido expuestos con anterioridad en Nápoles, en el contexto de un simposio sobre historia de los conceptos jurídicos y políticos europeos⁸. Una versión revisada de este último texto sería debatida

⁷ Nos referimos al V —o VI, si se contabiliza el congreso fundacional de Londres (1998)— Congreso de Historia de los Conceptos del HPSCG, celebrado entre el 30 de junio y el 2 de julio de 2003 en Vitoria y en Bilbao, organizado por el Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, con la colaboración de la Asociación de Historia Contemporánea. Las actas del citado congreso verán la luz próximamente en tres números sucesivos de la revista *Historia Contemporánea* (Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco). En la primera parte de esta publicación se recogerán cuatro artículos teórico-metodológicos de Melvin Richter, Patricia Springborg, José Luis Villacañas y Kari Palonen que en cierta medida suponen un complemento a este dossier (en dichas actas se incluyen además un puñado de colaboraciones referentes a los conceptos de Estado, sociedad, liberalismo, pueblo, ciudadano, intelectual y opinión pública).

⁸ Este coloquio internacional *Per una Storia dei concetti giuridici e politici europei* tuvo lugar en esta ciudad italiana a finales de febrero de 2003, organizado por el Istituto Suor Orsola Benincasa, el Centre de Recherche sur le Lexique Politique et Juridique Européen y el Centre de Recherche sur les Institutions Européennes.

ulteriormente en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, en una jornada de estudio que contó con la presencia destacada de Quentin Skinner, a cuyo enfoque metodológico se dirigen en buena medida las críticas de Lucien Jaume. En fin, el texto de Javier Fernández Sebastián, presentado en ese mismo foro de debate, constituye a su vez un comentario a la nueva aproximación propuesta por Jaume, así como una profundización crítica en algunos de los supuestos skinnerianos⁹.

Como el lector podrá observar, los siete artículos del dossier, cuando no remiten directamente unos a otros, se refieren al menos a un universo común de preocupaciones compartidas, de manera que en conjunto pueden verse como una muestra representativa de algunos puntos medulares de ese gran debate euroamericano sobre la nueva historia intelectual y conceptual, cuyo eje sin duda está determinado por los dos polos, anglófono y germanohablante (*Cambridge school* y *Begriffsgeschichte*), que tienen en las universidades de Cambridge y Bielefeld sus dos centros primarios de irradiación. El texto de Reinhart Koselleck —un texto claro y sucinto que fue leído en la sesión de apertura del encuentro de Vitoria—, de carácter netamente introductorio, plantea ya desde su título los dos asuntos —los mecanismos temporales del cambio conceptual, que el profesor Koselleck ejemplifica con la evolución del concepto de *Estado*, y el nacimiento del moderno concepto de historia— que constituyen tal vez las aportaciones esenciales de este autor a la historiología contemporánea¹⁰. Jacques Guilhaumou, por su parte, nos ofrece un

⁹ El encuentro de Florencia *Writing the History of Political Thought/Écrire l'histoire de la pensée politique*, celebrado en el IUE el 24 de noviembre de 2003 bajo los auspicios de Bo Stråth y Peter Wagner, tuvo como punto de partida la ponencia presentada por Lucien Jaume, y puede considerarse un eslabón más en el largo debate sobre Skinner (que comenzó hace más de treinta años), quien se encargó de dar una primera respuesta al texto de Jaume. Participaron también en el seminario Peter Becker, Hans Bödeker, Javier Fernández Sebastián, Martin van Gelderen, Iain Hampsher-Monk y Willibald Steinmetz.

¹⁰ Aparte de asumir la dirección colegiada —junto a Otto Brunner y Werner Conze— del gran diccionario colectivo de conceptos históricos fundamentales en lengua alemana (*Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, 9 vols., Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997), Reinhart Koselleck (Görlitz, 1923) es autor de un puñado de obras clásicas. Entre las que han sido traducidas al español destacamos: *Crítica y crisis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965 (*Kritik und Krise. Eine Studie zur Pathogenese der bürgerlichen Welt*, 1959); *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993

panorama retrospectivo de las diferentes líneas metodológicas que en la Francia de las últimas décadas se vienen ocupando de las relaciones entre historia, lenguaje y política (incluyendo algunas referencias a la propuesta de L. Jaume), para finalizar con una reflexión en torno al problema clásico —planteado, como es sabido, con particular agudeza por Quentin Skinner— de la determinación de la intencionalidad de los teóricos políticos del pasado al escribir sus textos. Elías Palti y Sandro Chignola polemizan con algunos de los supuestos metodológicos fundamentales de la obra de Reinhart Koselleck, relativos a los conceptos de *Sattelzeit* y de *Historia*, respectivamente. Mientras que Palti aplica a la teoría koselleckiana el propio método del historiador alemán, para señalar algunas incoherencias derivadas de cierta confusión entre las nociones dieciochesca y decimonónica de progreso y de evolución que subyacen a la idea de *Sattelzeit*¹¹, Chignola pone en tela de juicio la posibilidad de «traducir» el sistema conceptual antiguo, pre-*Sattelzeit*, en términos modernos. Por su parte, Lucien Hölscher, en su muy concreta propuesta de lanzamiento de un *Diccionario histórico europeo de conceptos políticos y sociales*, compara y evalúa las aproximaciones de Koselleck y de Skinner, subrayando las ventajas de la metodología alemana de cara a la elaboración de dicho lexicón. Lucien Jaume desarrolla los supuestos de base de su propio método para el estudio histórico del pensamiento político (en torno a lo que llama «textos de intervención política» e *idéopraxies*), para objetar posteriormente algunos postulados skinnerianos. Por último, Fernández Sebastián discute en la primera parte de su texto algunos aspectos de la propuesta de Jaume, y reconsidera, asimismo, algunos postulados de Koselleck, Skinner y Gada-

(*Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, 1979); *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997 (*Hermeneutik und Historik*, 1987; publicado en castellano por J. L. Villacañas y F. Oncina conjuntamente con dos textos de Hans-Georg Gadamer); *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001, precedido de una sustanciosa introducción de Elías Palti (*Zeitschichten*, 2000). Recientemente Faustino Oncina ha publicado otros dos artículos extraídos de la edición original alemana de este último libro bajo el título *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, y Antonio Gómez Ramos ha hecho lo propio con el artículo «Geschichte/Historie» (1975) del *Geschichtliche Grundbegriffe: Historia/historia*, Madrid, Trotta, 2004.

¹¹ La ponencia de Palti, que procede de un trabajo presentado con anterioridad en el Quinto Coloquio Internacional Bariloche de Filosofía, celebrado en Argentina en junio de 2000, forma parte de un trabajo más amplio del mismo autor destinado a analizar la obra de Reinhart Koselleck.

mer, para terminar subrayando la radical historicidad de todo conocimiento (incluyendo nuestras propias interpretaciones históricas).

Los orígenes intelectuales y la diversa adscripción académica de cada uno de los autores, así como la variedad de los temas tratados, permiten establecer un contrapunto entre las aproximaciones fundamentalmente teóricas (Koselleck, Guilhaumou, Palti) y otras de orientación mucho más pragmática (Hölscher); o, desde otro punto de vista, entre las colaboraciones de corte en cierta medida filosófico (Chignola, Jaume) o más propiamente histórico (Fernández Sebastián). Caben pocas dudas, en cualquier caso, de la «transdisciplinariedad» obligada de una materia como la historia de los conceptos. Y ello al menos por dos razones. Primero, porque, al preguntarse permanentemente por las relaciones entre la palabra, el pensamiento y la acción política en el tiempo, suscita y abarca una pluralidad de temas —historia, política, lenguaje, sujeto, temporalidad, modernidad...— que invita a contemplar todas estas cuestiones desde ángulos muy diversos (epistemología, historia del pensamiento, filosofía política, lingüística, hermenéutica...). Segundo, porque los conceptos, por su propia naturaleza, transitan entre unos y otros campos del conocimiento —muy frecuentemente utilizando para esta penetración la vía de la metáfora—, trazando de ese modo toda clase de conexiones y puentes de comunicación entre las diferentes parcelas del saber¹².

Queda claro, pues, que no se trata de un debate restringido al pequeño mundo de los historiadores del pensamiento político, sino que se extiende a todos aquellos que se interesan genéricamente por las ciencias históricas y sociales¹³.

¹² Pensemos simplemente en el gran número de conceptos políticos cuyo origen se encuentra en otras áreas del conocimiento o de la actividad humana. Por poner algunos ejemplos, *crisis, organización, regeneración o corrupción* vienen de la medicina y de la biología; *revolución*, de la astronomía; *reacción, masas y progreso*, de las ciencias físicas; *igualdad*, de las matemáticas; *liberal, moderado y opinión pública*, de la moral; *ideología*, de la filosofía; *decadencia*, de la historia; *fanatismo, propaganda, tolerancia y secularización*, provienen de la esfera religiosa; *cultura*, del mundo agrario; *representación, legitimidad, emancipación y civilización*, del derecho.

¹³ Incluso cuando se trata de evaluar específicamente las distintas proposiciones metodológicas en historia del pensamiento político —cual es el caso del coloquio *Méthodes en histoire de la pensée politique*, organizado por la AFSP (Association Française de Science Politique) para los próximos 23 y 24 de septiembre de 2004— se hace necesario recurrir a las perspectivas complementarias de historiadores, filósofos, juristas y politólogos. Hace casi dos décadas, con ocasión de un encuentro entre filósofos e historiadores (Universidad de Roma, La Sapienza, octubre de 1987),

En este punto nos gustaría advertir, para quienes se acercan por primera vez a esta especialidad histórica, que la historia de los conceptos no es en modo alguno una subdisciplina abstrusa y filosófica, alejada de los problemas de la historia factual. Por el contrario, esta modalidad de historia intelectual, que por la importancia primordial que otorga a los contextos —tanto en la vertiente lingüística como en la político-social— se postula como una nueva historia *política* del pensamiento político, o, si se quiere, como una historia *social* de las ideas, se sitúa, por tanto, mucho más cerca de la nueva historia social y político-cultural que de la historia tradicional de la filosofía o de las ideas políticas. Quizá no esté de más subrayar en este sentido que los orígenes de la historia de los conceptos están ligados en gran medida a la negación frontal de muchos de los supuestos de la vieja historia de las ideas. Los conceptos político-sociales, en el sentido en el que usan este término los cultivadores de la historia conceptual, no pueden equipararse a las «ideas». En efecto, un concepto político-social no es ni una *unit-idea* (idea singular), a la manera de Arthur Lovejoy, ni tampoco un concepto en la acepción filosófica que ordinariamente suele darse a este término (esto es, una suerte de idea platónica, universal, inmutable y precisa, que podría ser «contemplada» y «manejada» por los observadores de todas las épocas, al margen de los respectivos contextos intelectuales y sociales). Por el contrario, se trata de una noción variable, contestable, «impura» y elusiva, que se sitúa en algún punto intermedio entre las palabras y las cosas¹⁴. Conceptos contingentes que estructuran la experiencia social —e inspiran determinadas pautas de acción— de los individuos

algunos intervinientes (muy especialmente Bernard Quemada) insistieron ya en la necesidad ineludible de tener muy en cuenta el factor léxico y la semántica histórica a la hora de estudiar las ideas del pasado [*Storia delle idee. Problemi e prospettive*, Roma, Ateneo, 1989; una versión parcial de este libro en español, que recoge la introducción de Massimo Bianchi y el debate final, en «Un debate sobre la historia de las ideas», *Prismas. Revista de historia intelectual*, 7 (2003), pp. 155-180]. Para una reflexión general sobre las últimas evoluciones en la materia, véase FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J.: «Perspectivas actuales en historia del pensamiento político: de las ideas y las doctrinas a los conceptos, lenguajes y discursos. Balance y propuesta metodológica», en CANAL, J., y PELLISTRANDI B. (eds.): *Política y sociabilidad. En torno a Maurice Agulhon*, Madrid, Casa de Velázquez, 2004 (en prensa).

¹⁴ «Pues la historia de un concepto sería, además, la historia de las impurezas que a lo largo de su uso ese concepto ha ido recogiendo en su contacto con el barro de la vida cotidiana» (VILLACAÑAS, J. L., y ONCINA, F.: Introducción a KOSELLECK, R., y GADAMER, H.-G.: *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 19).

y de los grupos, y que, por tanto, no sólo reflejan un estado de cosas heredado del pasado, sino que orientan el comportamiento de los actores y contribuyen así a la construcción del futuro. Conceptos, en fin, perpetuamente sujetos a procesos de cambio e innovación, que aparecen entretreídos con los sucesos y con las prácticas, y que se prestan siempre a una utilización retórica y polémica por parte de hablantes, ideólogos y publicistas.

* * *

Por último, y antes de dar paso a los artículos del dossier, quisiéramos hacer algunas consideraciones acerca de la oportunidad del cultivo de la historia de los conceptos en el momento actual de la historiografía. Como es sabido, en la casa de Clío reinan durante las dos últimas décadas elevadas cotas de incertidumbre epistemológica y dispersión temática y metodológica. Pues bien, en este contexto de perplejidad y de fragmentación, la historia conceptual puede aportar algunos elementos de cohesión y de sosiego al gremio de los historiadores. Conceptos y discursos existen en todas partes, en todas las culturas, en todos los campos del saber: los seres humanos no pueden prescindir de ellos sin dejar de serlo, y, por tanto, el análisis histórico de los conceptos —por importantes que sean las discrepancias entre las vías metodológicas propuestas para su estudio— constituye en principio una práctica integradora, que favorece la conjunción de perspectivas y de escuelas historiográficas (como se ha demostrado en el caso del HPSCG). Junto a esa capacidad federativa y globalizadora, es indudable que esta especialidad, como queda dicho, tiende por su propia naturaleza a difuminar y a traspasar las fronteras interdisciplinarias, y también a estimular los estudios de tipo comparativo y transcultural (destacamos en este sentido el objetivo de elaborar en los próximos años un lexicón europeo de conceptos políticos y sociales, proyecto tan ambicioso como pertinente en el que viene insistiendo el profesor Hölscher desde hace tiempo).

Desde este punto de vista, y frente a los riesgos derivados de la dispersión de esfuerzos, tal vez sea el momento de ensayar nuevas convergencias, o al menos de apostar por lo que podría ser una fecunda hibridación entre la historia social, la historia cultural y la historia política, hibridación que pasaría en gran parte por la historia de los discursos y de los lenguajes políticos, que muy bien podría

servir de vínculo entre todas ellas. No estamos tan sobrados de puntos de encuentro como para desdeñar ninguna propuesta en este sentido.

Al precio de extender el escepticismo y disipar muchas certezas, la llamada «crisis de la historia» tuvo al menos la virtud de apremiar a los historiadores para que abandonasen los caminos trillados e intentasen explicar —y explicarse a sí mismos— lo que estaban haciendo y por qué. A la postre, esta reflexión ha dado origen a una gran riqueza de debates que, en el caso de la historia del pensamiento, ha supuesto una verdadera revolución metodológica (que puede describirse sintéticamente como el paso de la historia de las ideas a la historia de los conceptos y de los lenguajes). Eso no quiere decir que se hayan superado todas las incertidumbres, y son muchas las incógnitas que siguen abiertas. Así, el famoso «giro hacia el lenguaje» (*linguistic turn*) nos ha dejado una conciencia generalizada de la naturaleza inevitablemente discursiva de la actividad de escritura y representación del pasado, y el lenguaje cauteloso de muchos historiadores actuales indica bien a las claras que cada vez somos más conscientes de la variabilidad de los conceptos que manejamos, incluyendo el propio concepto de historia, provisional y siempre abierto a revisión (lo que quiere decir que el suelo epistemológico que pisamos no se considera ya tan firme como antes).

Por lo demás, es evidente que los historiadores españoles no podemos permanecer ajenos a los grandes debates internacionales que conciernen a la profesión, y, por lo que respecta a la nueva corriente historiográfica que venimos glosando, sería altamente deseable que las aportaciones desde nuestro país (y, de manera más general, desde nuestra lengua) se vayan consolidando e incrementando en un futuro próximo. Contamos para ello con un puñado de precedentes y trabajos pioneros de gran interés para la historia de determinadas nociones clave de la modernidad (pensamos, por ejemplo, en ciertos trabajos bien conocidos de José Antonio Maravall), y también con algunas sólidas monografías en el campo de la lexicografía y de la historia del derecho. Además, es patente que la sensibilidad hacia la semántica histórica se manifiesta de manera creciente en sectores cada vez más amplios de nuestra historiografía (en especial entre los modernistas), así como en el ámbito de la filosofía política. Pero está fuera de dudas la conveniencia de proceder al estudio sistemático de los conceptos políticos en el pasado, y habría que elaborar un

conjunto de obras de referencia básicas de este tipo sobre la España moderna y contemporánea¹⁵.

No es preciso decir que en este terreno la tarea no puede darse nunca por acabada. Sobre todo en un momento de cambios acelerados como el que vivimos, en el que nuestros lenguajes políticos —liberal, republicano, comunitarista, etc.— pivotan sobre una serie de nociones heredadas de un mundo en gran parte periclitado, mientras, por otro lado, de la mano sobre todo de los nacionalismos identitarios, retornan algunas de las perversiones de la semántica política características de los lenguajes totalitarios del siglo pasado. La transformación, nacimiento y caducidad de los conceptos políticos es un proceso incesante que se realiza cada día ante nuestros ojos, y tales cambios, muchas veces imperceptibles pero no por ello menos decisivos, pudieran ser objeto preferente de escrutinio por parte de una hipotética *historia conceptual del tiempo presente*. Pero incluso cuando la mirada del historiador se proyecta hacia épocas más o menos lejanas, el ejercicio de pensar históricamente los conceptos, debates y términos cruciales de la política nunca ha de ser visto como una actividad erudita desconectada de los problemas actuales, sino más bien como una vía para comprender críticamente por contraste los fundamentos de nuestras sociedades. El historiador se transmuta así modestamente en actor histórico, y contribuye desde su profesión al esclarecimiento de los debates políticos contemporáneos¹⁶.

Tomar cierta distancia respecto a lo que parece evidente —y pocas cosas parecen más evidentes que las categorías y los conceptos con los que damos sentido al mundo sin ser conscientes de ello— es, en este sentido, la base imprescindible para cualquier cuestio-

¹⁵ Por lo que a los dos coordinadores de este dossier respecta, hemos asumido la prolongación del *Diccionario político y social del siglo XIX español* (Madrid, Alianza Editorial, 2002) con un nuevo volumen colectivo dedicado a los principales conceptos políticos y sociales de la España del siglo XX, que esperamos vea la luz el año que viene. Y parece igualmente conveniente emprender cuanto antes una historia comparada de los conceptos sociales y políticos hispánicos e iberoamericanos, un proyecto de largo aliento que debiera contribuir a un estudio sistemático del mundo atlántico como laboratorio conceptual.

¹⁶ Pierre Rosanvallon, en su lección inaugural en el Collège de France (28 de marzo de 2002), expresaba una idea similar: «La historia así concebida es el *laboratorio en actividad* de nuestro presente, y no solamente la iluminación de su trasfondo. De ahí que la atención a los problemas contemporáneos más candentes no pueda disociarse de una reconstrucción meticulosa de su génesis» (ROSANVALLON, P.: *Pour une histoire conceptuelle du politique*, op. cit., p. 18).

namiento reflexivo de nuestro horizonte cotidiano. Una labor crítica tanto más necesaria en una etapa como la que vivimos, caracterizada por la obsolescencia generalizada de muchos conceptos que continuamos usando por inercia, aunque muchas veces sepamos oscuramente que se trata de nociones tambaleantes, que hacen referencia a circunstancias del pasado y a situaciones ya superadas. En estas condiciones no puede extrañar que, como sucediera de otro modo hace aproximadamente un siglo, desde diferentes sectores políticos y académicos se reclame con urgencia la necesidad de repensar un cuadro conceptual en buena medida agotado, para refundar así una nueva política. Razones todas ellas por las cuales parece aconsejable hacer del proceso de formación histórica de los conceptos uno de los objetos preferentes de la investigación histórica.